

Hindenburg según el general A. E. Turner. ("La Nación", Buenos Aires (A. A.), 12 noviembre 1915).



Ífimo general C. G. Gordon, el que murió en Jartun, el que dejó escrito que las «Vidas paralelas» de Plutarco son para los jóvenes oficiales un manual que vale por muchos tratados de táctica. El general Turner podrá tener las deficiencias que se quiera, pero de seguro que no es un pedante, con gafas o sin ellas. No lo es, por lo menos, en sus escritos como suelen serlo otros generales. Pedantes de ciencia—de supuesta ciencia—unas veces, pedantes de brutalidad o de impasibilidad otras veces. El libro que Moltke el viejo—el tío, no el sobrino—escribió sobre la guerra franco-prusiana del 70 es en su rebuscada sequedad algebraica un modelo de pedantería. Se aprende más arte de la guerra leyendo a Homero o a Tito Livio, y hasta de guerra moderna.

En el número de 2 de septiembre próximo pasado de la «Saturday Review» dedica el general Turner una correspondencia al general prusiano Hindenburg, ídolo del pueblo alemán receloso ya.

Empieza el general Turner por asentar que la dimisión del general Falkenhayn y el nombramiento como mariscal de campo de Hindenburg muestran los desesperados apuros a que se ven reducidos el kaiser y su pueblo escogido. Y ciertamente que no es una buena señal este agarrarse al prestigio de un nombre—más que de un hombre—un pueblo que ha sufrido pacientemente el que los hombres hayan sido reducidos poco más que a máquinas de hacer guerra.

«Tuve la ventaja—dice el general Turner—de ser agregado por dos veces a maniobras del 140. cuerpo del ejército alemán, cuya 28a. división mandaba el «Meloc alemán», como lo llaman los franceses. No tenía gran reputación como jefe en el ejército alemán y le vi derrotado y superado por von Bissing, el más fino soldado que vi nunca en Alemania, y por el general von Fallois, un jefe particularmente eficaz. Hindenburg le daba a uno la idea de un resuelto testarudo («pigheadad man») sin ninguna porción de más de sesos. Tomábale uno por alguien extremadamente implacable; y su cabeza cuadrada y pequeños ojos mostraban su origen mongol y denotaban inequívocamente astucia y crueldad. Mientras su predecesor, el general von Grone, y su anterior general de cuerpo, von Bülow, me recibieron con los brazos abiertos y me admitieron libremente todas las críticas después de las maniobras de cada día, von Hindenburg sólo me aguantaba porque yo estaba allí por mandato del Altísimo, y no quiso dejarme entrar en el círculo de sus oficiales en las críticas.»

Porque es lo que él diría: ¡Qué va a entender de nuestra ciencia estratégica este pobrecito inglés!... Si es

que Hindenburg cree en la ciencia estratégica, que me sospecho que no. Pues si es un pedante, y evidentemente lo es, no es un pedante de ciencia. Hay pedantería que no es de saber y hasta la hay de no saber.

«Era frío—sigue Turner diciendo de Hindenburg—pero realmente rudo, aunque parecía gozar con la insultante rusticidad con que en toda ocasión posible me trataba un junker prusiano de baja educación. Era ayuda de campo del gran duque de Baden que era el alma de la cortesía y tengo motivos confidenciales para creer que Hindenburg, que evidentemente se resentía de mi presencia en su estado mayor, azuzaba al arrogante junker a que me molestase. No me dejé impresionar por la habilidad de Hindenburg; me llamó la atención como un típico huno—alto, robusto y grosero—y como los más de los alemanes enorme comedor y bebedor.»

La pintura se parece algo a la que del sobrehombre implacable, del león que se ríe, de la hermosa fiera humana han hecho algunos discípulos de Nietzsche más que este pobre enfermo de superintelectualismo. La diferencia está en que este Hindenburg de tipo mongoloide según el general Turner no parece ser el típico braquirusio de la leyenda antropológica.

«Contóseme—sigue diciendo el general Turner—que en cierta ocasión los oficiales de su estado mayor estaban tratando de poesía en su presencia y comparando los méritos de Shakespeare, Schiller y Goethe. Después de escucharlos pacientemente durante algún tiempo el general no pudo ya resistir más y les respondió así: «Señores, jamás me he arriesgado a debilitarme leyendo poesía y les aconsejo mucho que sigan mi ejemplo!»

Lo que hay es que no se habría debilitado, sino más bien se habría aburrido leyéndola. Le bastan su perro y su pipa. Y en todo caso antes me flaría yo de un hombre así que confiesa que no se quiere entregar a la poesía que de muchos que discuten los méritos respectivos de Shakespeare, Schiller y Goethe. Pues andar a la cala y cata de los méritos literarios de un poeta y superarlos y cotejarlos con los de otro no implica de por sí entendimiento ni menos sentimiento de la poesía. Y hasta puede un hombre llorar—sobre todo si las lágrimas son de cerveza o de vino—oyendo tocar o cantar una cántiga y cumplir luego con satisfacción íntima una orden bárbara que está contra todo el sentimiento poético, esto es: moral de un hombre civilizado. Y es que la conmoción de lágrimas aquella era más que sentimiento estético, espiritual una sensación de orden fisiológico, como la que se experimenta gustando un succulento manjar.

HINDENBURG SEGUN EL GENERAL A. E. TURNER

SALAMANCA, octubre de 1916.

El general de división inglés sir Alfredo E. Turner ha venido publicando en el semanario londinense «The Saturday Review» una serie de interesantísimas correspondencias sobre los directores alemanes de la guerra, empezando por el Señor de la Guerra, el kaiser, a todos los cuales ha conocido y tratado sir A. E. Turner como agregado militar inglés en las grandes maniobras del ejército alemán.

Turner es un general inglés, es decir, un ciudadano inglés que ha ejercido la milicia con el grado de general de división y seguramente no cree que su oficio, menester o profesión es de más elevada o noble índole que otros oficios, menesteres o profesiones. Turner es un general inglés como lo era aquel herolco y magnánimo y nobi-



en el Somme. A lo que acaso haya que agregar que un Hindenburg y los de su índole anímica tienen más sangre de jugadores que de mercaderes. (No se olvide que la del juego ha sido en todos los tiempos y lugares la pasión que más estragos ha hecho en la milicia). Y una vez que se pone a jugar a una plaza fuerte, como se juega a una carta, ya no repara en hombres y va doblando las puestas hasta que le pelan. Quiere hacer saltar la banca. Lo que se logra cuando se dispone de reservas inagotables, pero no en otro caso.

Cuenta luego el general Turner un acto de gratuita crueldad de Hindenburg, cuando impidió que sus soldados movidos a piedad por los gritos de los rusos caídos en un pantano, en la batalla de Tannenberg, los salvaran diciendo: «Que se ahoguen. Será una buena lección para los rusos y para que no vuelvan a manchar la Prusia oriental con su presencia».

La pintura que el general Turner hace del ídolo militar actual del pueblo alemán es, ciertamente, terrible. Habrá que ver lo que hace ahora el férreo caudillo que no se ha dejado nunca enflaquecer por la poesía.

MIGUEL DE UNAMUNO.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES